vivas y aclamaciones. Por fin se cantó con toda solemnidad el *Te Deum*, y SS. MM. salieron de la iglesia con el mismo acompañamiento y ceremonias con que habian entrado. Despues de la salida de los emperadores permaneció el sumo Pontífice aún en la catedral media hora en oracion, y al retirarse todos exclamaron con la mayor ternura: *Viva el santo Padre.* Por la noche hubo iluminacion en toda aquella soberbia ciudad, y en los dias anteriores y siguientes los principales cuerpos del estado fueron admitidos por sus diputados á presentar sus respetos al sumo Pontífice. Quando fué presentada á S. S. la diputacion del Tribunado, el orador se extendió largamente sobre el gobierno paternal del sumo Pontífice desde su exâltacion á la silla pontificia, y concluyó con estas expresiones sublimes: ¡*Qué época tan magestuosa como la presente! apenas ha podido diez siglos producirla, y eran las virtudes personales de V. Santidad acreedoras á que la divinidad le hubiese escogido para consumar la obra mas útil á la humanidad y á la religion.* En la diputacion del senado son notables los sentimientos con que se explicó su presidente, diciendo al sucesor de san Pedro entre otras cosas: " La consagracion » de los príncipes christianos, santísimo Padre, » empezó en Europa por los monarcas franceses, » siguiendo en esto la costumbre que antigua- » mente habia entre los hebreos. En la ley an- » tigua era esta ceremonia de institucion divi- » na; mas en la ley de gracia no es precisa- » mente obligatoria: sin embargo los franceses » han considerado siempre por grande este acto, » y han querido que sus simples actos civíles » fuesen santificados por la religion, para aña-

» dir al freno público de las leyes el freno se- » creto de las conciencias ::: V. Santidad tendrá » la gloria de haber unido con un concordato » equitativo la Iglesia galicana á la santa Sede » apostólica, centro de la unidad christiana, y » la de haber venido á poner el sello mismo del » Eterno á la fe de los juramentos entre un » gran pueblo y su emperador que ha escogido » en uno de sus héroes, que el cielo ha creado » superior á los demas hombres, y que parece » suscitado entre nosotros por la Providencia » para la execucion sobre sus mas augustos de- » signios::: Estos dos sucesos distinguirán en la » posteridad el felíz pontificado del 253 sucesor » de san Pedro."

¡Que valientes fueron asimismo los rasgos con que el presidente del cuerpo legislativo arengó á S. S. en nombre de aquel sabio cuerpo! Merecen ser copiados aqui, y aun grabados tambien en mármoles y bronces. " Quando el » vencedor de Marengo, decia, concibió en el » campo de batalla el designio de restablecer la » unidad religiosa, y de restituir á los franceses » su culto antiguo, preservó de ruina total los » principios de civilizacion. Este pensamiento » concebido en un dia de victoria produxo el » concordato, y el cuerpo legislativo convirtió » este concordato en ley nacional. ¡Dia memo- » rable! Entonces la Francia abjurando grandí- » simos errores, dió al género humano las mas » útiles lecciones, reconociendo que los pensa- » mientos irreligiosos, son pensamientos impo- » líticos, y que todo atentado contra el chris- » tianismo es un atentado contra la sociedad. » La Francia ha visto nacer uno de aquellos » hombres extraordinarios que de tarde en tar-

„de son enviados para sostener los imperios „que caminan á su ruina; mientras que Roma „ve resplandecer en el trono de san Pedro las „virtudes apostólicas de los primeros siglos de „la Iglesia: la religion augusta consagrará los „destinos del imperio frances, y brillará como „en tiempo de los Clodoveos y de los Pipinos. „Todo lo que la rodea ha mudado. Ve aca„bar las familias de los reyes, y las de los va„sallos; pero en las ruinas de los tronos que „se desploman, y en las gradas de los que se „levantan, admira siempre la manifestacion su„cesiva de los designios eternos, y les obedece „con confianza. No son estos los tiempos en que „el sacerdocio y el imperio eran rivales: am„bos se unen ahora para repeler las doctrinas „funestas que han amenazado de subversion to„tal á toda la Europa."

Durante la mansion del vicario de Jesuchristo en París fueron asombrosos y edificantes los exemplos que dió de benignidad, de prudencia, y de los deseos que le animaban de la paz: apenas quedó iglesia parroquial en que no celebrase el santo sacrificio: en muchas dió la bendicion apostólica al pueblo: en algunas repartió por su mano la sagrada Eucaristía á muchos centenares de devotas personas que tuvieron la santa complacencia de recibir á Jesuchristo de mano de su vicario en la tierra; y en todas partes era inmenso el gentío que acudia á verle, admirarle, y ver si lograban la dicha de ser admitidos á la ceremonia de besar el pie á S. S. Visitó los mas famosos y varios establecimientos que hay en aquella capital, y que son el asombro de los inteligentes, como son la casa imperial de los Inválidos, cuyas mag-

níficas enfermerías recorrió y exâminó con mucho interés: el museo de historia natural y su biblioteca, cuyas galerías recorrió, y quando pasó á exâminar el monetario, el director le presentó una medalla en que estaba representado S. S. con la tiara y hábitos pontificales, con esta inscripcion: *Pius VII. P. M. hospes Napoleonis Imperatoris.*

Tambien visitó el sumo Pontífice la imprenta imperial en que se le presentó una coleccion de ciento y cincuenta Padres nuestros en otros tantos idiomas, adornados con las armas papales, y que S. S. recibió con suma distincion: visitó asimismo la escuela de sordos-mudos, en la que algunos de estos de ambos sexôs excitaron su admiracion y la de los concurrentes, por la inteligencia y acierto con que expusieron sus ideas, escribieron lo que se les dictaba, formaron frases, respondieron á las preguntas que se les hicieron, y dieron razon de sus operaciones. No omitió tampoco el soberano Pontífice el visitar el hospicio de los ciegos, fundado por san Luis, que llaman *des quinze vintgs*, para trescientos caballeros franceses que perdieron la vista en el Egypto quando fué á la conquista de la Tierra Santa. Los trescientos sucesores de estos infelices recibieron la bendicion de S. S., el qual pasando despues á la sala destinada para instruir á los ciegos de nacimiento, admiró el acierto con que aprendian á leer, la aritmética y música por el tacto, con varios caractéres de relieve que tienen para el efecto, cuya prueba se hizo acertadamente á presencia del santo Padre, que al mismo tiempo que estuvo complacido de su habilidad, no pudo menos de manifestar una tierna compasion por la triste suerte

de aquellos desgraciados. En la visita de la iglesia parroquial de san Germán oyó con mucha complacencia estas patéticas frases con que el administrador de aquella iglesia arengó á S. S.: "Santísimo Padre, esta parroquia fué una de »las cunas de la órden de san Benito, que ha»beis ilustrado para siempre. Debaxo de estas »bóvedas silenciosas meditaron sobre la reli»gion, la moral, la historia y todas las cien»cias necesarias ó útiles al género humano los »*Mavillones*, los *Montfaucones*, y un inmenso »número de hombres grandes, cuya memoria »será tan eterna como sus hechos. Vuestra San»tidad no verá sin admiracion este vasto edifi»cio, destinado algun tiempo á la destruccion, »sacado de sus ruinas por órden del gran Na»poleon, y ya digno por el zelo y por las »ofrendas de los fieles de recibir al gefe au»gusto de nuestra santa religion."

Era menester extendernos mucho mas de lo que piden los cortos límites que nos hemos propuesto no exceder en estas adiciones, si hubiéramos de referir por menor los monumentos que vió, los establecimientos que visitó, los hospitales que honró con su presencia, exhortando á los diversos infelices que en ellos moran á la tolerancia de sus enfermedades y á la resignacion entera con la divina voluntad: en las demas visitas admiraba á todos con su benignidad: en las de los hospitales se enternecia S. S. y enternecia á los circunstantes con su dulzura y compasion tierna.

Finalmente despues de haber permanecido en París por espacio de quatro meses y algunos dias, el 4 de abril del mismo año de 1805 salió de aquella capital para Roma. La despedida del

emperador fué muy tierna. La semana santa la pasó S. S. en Chalons, en cuya catedral hubiera oficiado el jueves y viernes santo si hubiera habido alli los ornamentos que usa el sumo Pontífice en semejantes ocasiones, pero asistió á todos los oficios, en que el cardenal Antonelli ofició en calidad de decano de los cardenales, pasando el santo Padre á la ceremonia de la adoracion de la santa cruz.

En Leon, en Turin, en la Toscana, y particularmente en su capital Florencia, fué obsequiado con tanto amor y entusiasmo como quando fué á París, pasando por las mismas ciudades. Por último el 16 de mayo entró S. S. en la capital del mundo christiano. Toda la gente de aquella gran ciudad salió á ver á su soberano, y en las aclamaciones no interrumpidas hasta la Basílica de san Pedro manifestaba los deseos que habia tenido de que volviese á su seno. Las salvas del castillo de Sant-Angelo, el sonido de las campanas, la música militar, las colgaduras de la carrera, la enrramada y las flores esparcidas en las calles, todo, todo formaba un conjunto de magestad, de júbilo y de ternura por el padre comun de los fieles. En la puerta de la Basílica de san Pedro esperaba á S. S. el sacro colegio, á cuya frente estaba el cardenal de Yorck su decano. El altar de san Pedro fué el término de este viage memorable, ante el qual postrado su sucesor en el pontificado dió largo tiempo gracias al Señor. Cantóse despues el *Te Deum*, y S. S. dió la bendicion al pueblo con el augusto Sacramento, y despues con toda la lucida comitiva se retiró al palacio de su residencia á descansar de su largo y penoso viage. Convenia pues al asunto

de una historia general de la Iglesia que dixésemos ahora aqui algo de los asuntos interesantes para la religion que boca á boca trataron, segun se significó arriba, que lo harian el sumo Pontífice y el emperador de los franceses; pero cándidamente confesamos que no sabemos mas que lo que S. S. manifestó sobre esto en la alocucion que hizo al sacro colegio quando le dió cuenta de los principales acaecimientos de su viage. Por esta causa, y para que se vea la rectitud de su intencion en todas sus apostólicas empresas, la copiamos aqui á la letra como un monumento precioso y muy digno de llegar á noticia de todos, que fué el motivo por lo que se dió á la luz pública en Madrid el año pasado de 1805. Dice pues asi:

Alocucion de nuestro Santísimo Padre Pio, por divina Providencia Papa VII., en el consistorio secreto el miércoles 26 de junio de 1805.

Venerables hermanos.

Desde el momento que entramos en Roma de vuelta de Francia hemos deseado con ansia convocaros á consistorio, y asi como os dimos noticia de nuestra resolucion de partir á aquel reyno, para condecorar con las insignias imperiales á nuestro muy amado hijo en Christo Napoleon, exponeros sin detencion los saludables frutos que con el auxîlio de Dios hemos conseguido de aquel viage. No obstante no hemos podido satisfacer nuestros deseos hasta el presente, porque teniamos que dar muchas disposiciones en favor de aquellas iglesias, de que despues hablaremos, y exâminar con madurez á qué obispos las habíamos de confiar. Pero nos sirve de regocijo poder cumplir nuestros deseos en este dia, próxîmo á la solemne fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, para que llegando á vuestro conocimiento los bienes que por su particular patrocinio hemos conseguido, celebremos la memoria de su glorioso martirio con mas fervorosa devocion y con el mas cordial agradecimiento.

El dia 2 de noviembre del año próxîmo pasado salimos, como sabeis, de Roma, y los votos y favorables auspicios con que nos acompañó el pueblo romano, afectísimo á nuestra persona, esparcido á muchas millas de la ciudad, no solo excitaron en Nos los mas dulces sentimientos de nuestro amor paternal, sino que nos anunciaron un felíz éxîto de nuestro viage. Habiendo entrado en los términos de Etruria, y pasado á Florencia, no podemos explicar bastantemente de quánto regocijo nos llenamos viendo concurrir de todas partes los pueblos á venerar en nuestra baxeza al sucesor de san Pedro y vicario de Christo en la tierra. Entre todos se distinguió nuestra muy querida hija en Christo María Luisa, reyna de Etruria, que no solamente nos recibió con muy magníficas y afectuosísimas demostraciones de respeto ácia Nos, sino que quiso tambien detenernos para que confiriésemos el sacramento de la Confirmacion á su muy querido hijo Luis, rey de Etruria. Se celebró esta sagrada ceremonia con magnífico aparato, y en ella admiramos, con todos los que se hallaban presentes, la devocion de la madre y del hijo.

Habiendo apresurado nuestro viage por Italia, donde vimos claras y muy ilustres pruebas de singular veneracion para con Nos en todos los pueblos que recorrimos, principalmente en Módena, Régio, Parma, Plasencia, Tortona y Alexandría, llegamos á Turin, á donde nos salieron al encuentro nuestro venerable hermano cardenal de la santa Iglesia Romana Cambaseres, arzobispo de Roan, y nuestro amado hijo Salmatori, enviados por el emperador de los franceses para felicitarnos de su parte nuestra entrada en Francia, y asegurarnos de su ansioso deseo de vernos y tenernos en su compañía. Entramos pues en Francia, y los pueblos de aquella ínclita nacion sumamente regocijados con nuestra llegada, manifestaron públicamente en todas partes con sus aclamaciones y demostraciones exteriores los íntimos afectos de su religion y piedad. En todas partes los gobernadores de las provincias y los magistrados civíles y militares nos tuvieron discursos llenos de respeto y obsequio á Nos y á la Sede Apostólica. En Leon nos recibió nuestro venerable hermano cardenal de la santa Iglesia Romana, Fesch, arzobispo de aquella ciudad, quien nos honró cumplidamente con liberalidad, magnificencia, sumo afecto ácia Nos, y todo género de obsequios. Fué tan grande la devocion de los leoneses y tan numeroso su concurso, que aquel espacioso templo de la iglesia metropolitana, á donde pasamos á celebrar la misa, no era bastante capaz para la multitud de ciudadanos de la mayor distincion que acudieron de todas partes. ¡Quál fué entonces el regocijo de nuestro corazon! ¡Qué gracias dimos al Padre de las misericordias por tan gran mudanza de cosas!

¡Quánto se enardeció nuestro afecto para con el poderosísimo emperador de los franceses, á quien se debe la gloria de haberse restablecido públicamente la religion, y florecer de nuevo en toda la Francia por el concordato que con Nos hizo!

Pero no pudimos disfrutar por mucho tiempo del triunfo, para decirlo asi, de los leoneses. Pues teniamos un vivísimo deseo de ver al emperador, coronarle y tratar con él los negocios de la religion, por cuyos motivos, posponiendo todas las dificultades, habiamos emprendido tan penoso viage.

Nos dirigimos en derechura al palacio que llaman de Fontainebleau, donde se nos concedió disfrutar de la vista y abrazos del poderosísimo príncipe, amantísimo de nuestra persona. ¡Quál fué el consuelo, quál la alegria de que se llenó nuestro corazon en el primer encuentro de aquel emperador, cuyo nombre ha penetrado hasta los últimos términos del mundo, y de cuyo medio se ha valido Dios para que saliese de nuevo á brillar entre los franceses la religion católica! Aquel dia y los restantes que por consejo del afabilísimo emperador pasamos en el palacio de Fontainebleau para descansar de las incomodidades del viage, los conservaremos en la memoria con perpetuo agradecimiento.

Del sobredicho palacio, donde experimentamos y admiramos la señaladísima benevolencia y generosidad del emperador, nos dirigimos juntos á París. Alli en el dia señalado (que fué el 2 de diciembre primer domingo de Adviento) se celebró con extraordinaria pompa y sagrados y solemnes ritos la consagracion y coronacion del emperador y de nuestra muy querida hija

en Christo Josefina, su muy buena consorte, entre los triunfos de aquella ciudad y de toda la Francia, que parecia haberse reunido alli, dexando sus hogares.

Desembarazados de esta augusta ceremonia, dirigimos al momento nuestra atencion á tratar, como hemos dicho, los asuntos de la religion. Y lo hicimos con tanta mayor confianza, quanto que el mismo emperador en las cartas que sabeis nos dirigió, nos habia significado queria conferenciar familiarmente con Nos sobre los medios de engrandecer la religion católica y restituir el divino culto á su antiguo esplendor. No podemos hacer mencion aqui sin manifestar los afectos de nuestro corazon agradecido, del júbilo, cortesía, benevolencia y propension de ánimo con que nos oyó manifestar con libertad apostólica nuestros deseos; y la acogida que dió á nuestras súplicas por el bien de la religion católica, esplendor de la Iglesia galicana, y autoridad y dignidad de esta santa silla.

Nuestro mas principal interés era averiguar la sinceridad con que habian vuelto á la unidad católica algunos obispos que antes de obtener de Nos la institucion canónica, habian necesitado del correspondiente testimonio de su reconciliacion; y habiéndola conseguido, se habian conducido de suerte, que nos tenian muy cuidadosos de su verdadero modo de pensar. Mas de este cuidado nos libertaron ellos mismos en término de pocos dias. Pues declararon de palabra, y por escritos que hemos traido con Nos, que se unian y sujetaban firmemente y de corazon á los dictámenes de la Silla Apostólica en los asuntos eclesiásticos de la Francia. ¡Quál fué el consuelo que recibió entonces nuestro corazon!

¡Quáles fueron las lágrimas que derramamos al ver las suyas quando los abrazábamos con amor paternal! Mas para que este nuestro consuelo no solo sea duradero, sino que tambien se aumente, confiamos darán unas pruebas seguras y patentes, por las quales conste haber sido hecha su declaracion con toda sinceridad, y se nos quite en lo sucesivo toda ocasion de queja. Para cuyo efecto suplicamos con todo rendimiento á Dios, escudriñador de los corazones, que con su gracia dé vigor y lleve á su perfeccion la buena obra que han executado.

Concluido por Nos este gravísimo asunto, emprendimos inmediatamente otros que se dirigian al bien de la religion, á la libertad de la Iglesia, al honor del clero, á aumentar el número de los sagrados ministros, y sustentarlos con la decencia correspondiente. Confiados en la seguridad que nos habia infundido el afabilísimo emperador, y usando de aquella libertad con que debe exercerse el ministerio apostólico, le expusimos de palabra y por escrito los golpes que habia recibido la Iglesia galicana por la desgracia de los tiempos y malignidad de las opiniones, y las necesidades que padece; y le significamos nuestras súplicas en este punto. Las respuestas que nos dió el emperador son las mas respetuosas ácia Nos, aunque indigno, y nos infundieron grandes esperanzas de que la Iglesia galicana, convaleciendo poco á poco y por grados, recobraria por último su antiguo vigor y forma. Hay ciertamente algunas enfermedades de tal condicion, que aunque acometen improvisa é impetuosamente, con todo, si se quisieran curar de repente, se agravarian mas bien que curarian.